

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

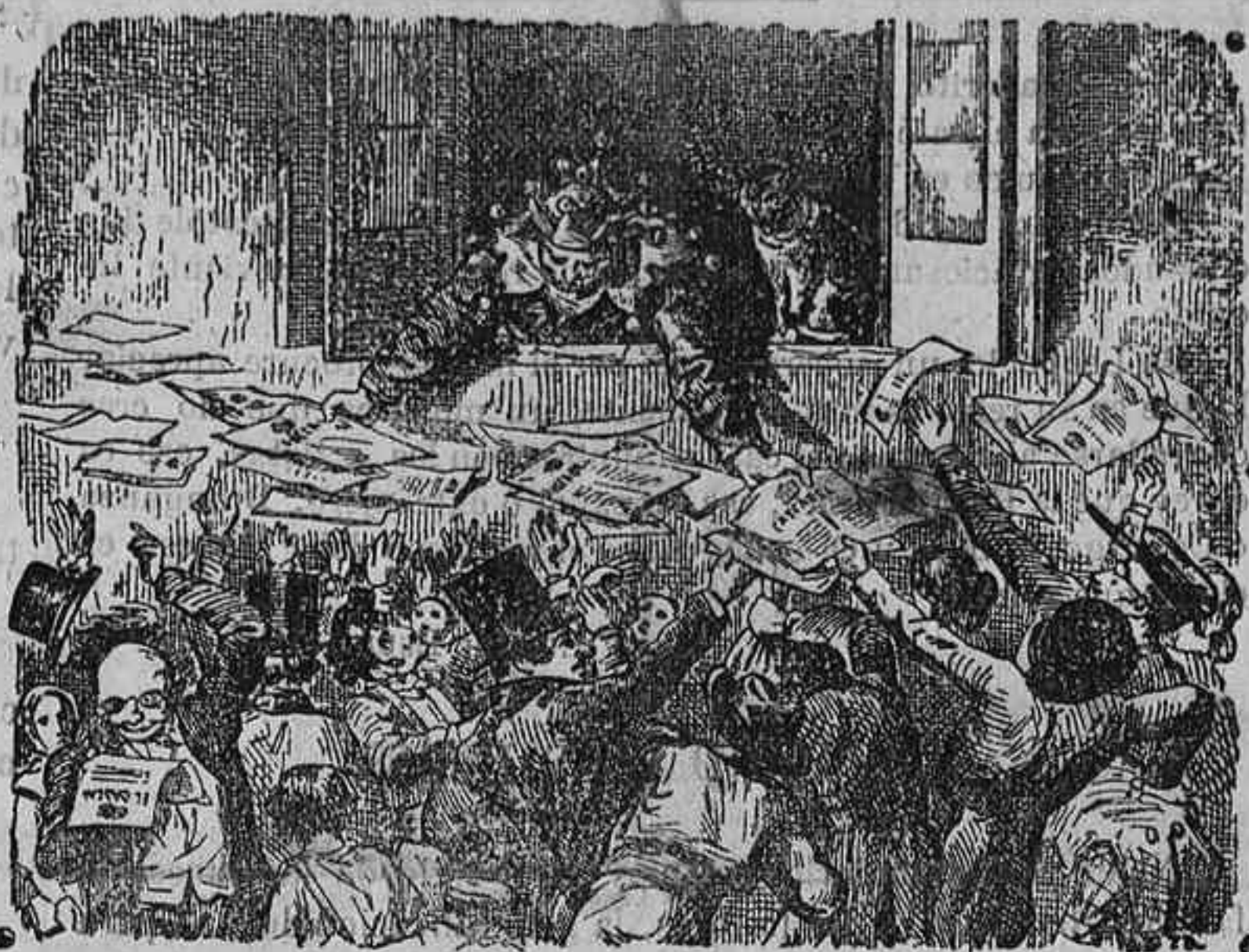
PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

IMPRENTA.

Independencia, 2, bajo, izquierda.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia. — Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses de correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMÉRICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Celenque, 1, esquina a la del Arenal.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

Cada paso es un tropiezo.

Después de la crisis promovida para quedarse solos los jacobinos radicales, el señor Topete,—sin el cual no se hubiera hecho la revolucion y todavía estarían en Portugal y en Francia los susodichos radicales—hizo también dimision, fundándose en poderosas razones, que todo el mundo comprende.

Pero los radicales no querían quedarse sin Topete, porque consideraban acertadamente que si algun poco prestigio tenía todavía esta enmarañada situacion, ese prestigio se lo daba el brigadier Topete.

Los periódicos radicales se han alarmado mucho con ese motivo, no por Topete, a quien ya empiezan a pinchar, sino porque el señor Prim había dicho que si se iba Topete se iría él también. ¡Figúrense Vds. qué desgracia!

Después de haber puesto en un año el país como una balsa de aceite, de haber introducido tan grandes economías, de haber dado una paz octaviana, de haber concluido con la empleomanía y con todos los abusos: de haber, en fin, regenerado a la patria, que rebosa ya de felicidad, y se regodea y entusiasma al solo anuncio de que ya viene dentro de unos días el duque de Génova a ser rey de España, hubiera sido una desgracia lamentabilísima que el general hubiese dicho:— ¡Vuelo!

¡Y también le hubiera seguido Figuerola!

Tiemblo al pensar lo que aquí hubiese sucedido en este caso. ¿Qué sería de la Hacienda española?...

Por lo visto aquí ya no pueden mandar nunca más que Prim y los suyos.

Muy bien me parecería eso, si le hicieran bien; pero por María Santísima, si lo hacen tan mal... si no saben por dónde andan; si no se les ocurren más que locuras; si no han hecho nada de lo que prometieron; si hacen muchas veces lo mismo que tanto criticaron en los demás!...

En fin, Topete, hombre formal, ha insistido en su dimision, y sin embargo Prim no se irá, por que todavía tiene que hacer la felicidad del país.

¡Que Dios nos ayude! decía el otro día Prim. Eso es lo que tenemos que decir todos a toda hora desde que se han quedado solos los radicales.

Ahora que se ha resuelto la crisis Topete, vendrá otra crisis, y otra luego, y luego otra.

El can-can político que se baila no puede dar de sí otra cosa.

He dicho antes que los periódicos progresistas empiezan a pinchar a Topete, y en prueba de ello ahí va lo que le dice uno de ellos:

«...El general Prim no debe en manera alguna retirarse; porque a pesar de lo dicho en el Congreso, no está en el caso de someter los intereses de la patria a las veleidades de un hombre público, por digno y respetable que sea. Si se atienden, pues, los deseos de la opinion, la crisis no será general, y concluirá con el nombramiento de otro ministro, etc., etc.»

Señor Topete, haga V. revoluciones para eso.

Si esto no es decir a Topete:—Amigo, ya no nos hace V. falta, —no sabemos lo que puede querer decir.

Paréceme a mí que los radicales están muy echados para adelante.

No os precipiteis, hijos, que no es para tanto, y hasta el fin nadie es dichoso.

Los progresistas no pueden gobernar sin ayuda de vecino; esto está demostrado por la experiencia.

Ellos hacen todo lo que pueden, pero no saben más.

¡Y qué me dicen Vds. de haber vuelto Figuerola al ministerio de Hacienda?

Ya se acuerdan Vds. de la grande oposicion que se le hizo durante su temporada anterior de ministro por todos los periódicos de oposicion y ministeriales.

Ya saben Vds. lo mucho que se ha hablado de su famoso último empréstito.

En fin, ya saben Vds. lo que se puede esperar de tal ministro de Hacienda, condenado por la opinion pública unánime.

¿Qué significa, después de todo eso, volver a hacer ministro de Hacienda al mismísimo señor Figuerola?

Significa que lo mismo sirve para ministro de Hacienda el señor de Figuerola, como para Presidente del Consejo el señor de Prim.

Significa lo que ya se sabe de antiguo, que los señores progresistas no saben gobernar.

Tienen buenas intenciones y deseos de aprender, pero la ciencia no les entra.

Y para concluir repitamos con el apóstol, digo con Prim, que no tiene nada de apóstol:

¡Dios nos ayude!

EL REY QUE VENDRÁ. (1)

Como el mancebo de quince abriles sueña con las gracias de la imaginaria hermosura, a quien ha de hacer dueña de su corazón, y en su amoroso duerme-vela la adorna de todas las cualidades que pueden hacer querida a la mujer, así algunos, aunque pocos españoles, soñamos con las dotes del que ha de reinar en nuestra patria, mientras la inmensa mayoría se entretiene en pensar si ha de ser español ó extranjero, Braganza ó Coburgo, Saboya ó Orleans.

Allá por los tiempos del rey poeta don Felipe IV, de literaria memoria, vivía en esta heroica villa y en sus casas de la calle que por entonces comenzó a llamarse del Príncipe, por tener en ella su morada el que lo fué de Marruecos don Felipe de África, recién convertido a la religion de Cristo, cierto caballero, hijo de nobilísimo padre, llamado don Rodrigo de Herrera y Rivera, que a un despejo natural y educacion esmerada, reunía la no vulgar condicion de disfrutar pingües rentas, lo cual hacia que las gentes se ocupasen poco de si había ó no nacido con todas las formalidades que en semejantes casos acostumbran a usar los hijos-dalgo. Era el don Rodrigo, como dicho dejo, mozo despejado y de letras; y con consignar esto y añadir que frecuentaba el palacio del Buen Retiro y que su casa tenía ventana (tribuna) al corral del Príncipe, desde la cual se oían y veían las comedias que los faranduleros representaban todas las tardes, excusado es contar que el caballero contaminado de la epidemia reinante se dió al conocimiento de las nueve hermanas, y por no ser menos que el Rey y sus favoritos, entróse por el arte de hacer comedias, que Lope había vulgarizado, como Santiago por los moros. Más de una y más de dos, de que solo los ratones de biblioteca tienen hoy noticia, dió mi buen hijo-dalgo a la escena, ansioso tal vez de competir en privanza con don Gerónimo Villarzan y Garcés, ingenio finchado, que fué el único que mereció la honra singular de que la majestad de Felipe IV asistiese a los corrales para oír los versos de un súbdito, caso que llegó a causar celos hasta al mismo don Gaspar de Guzman, Conde duque de Olivares; pero a pesar de todos sus esfuerzos, nuestro don Rodrigo no hubiera conseguido que su nombre llegase hasta nuestros días, sin la felicísima idea que tuvo al escribir su comedia *Del Cielo viene el buen rey*, que es la que hace que de su autor me acuerde y que refresque su memoria en la de los lectores de DON JUNIPERO.

Un ángel nada menos, que desciende a la tierra, toma la figura del monarca de no sé qué Estado, y en su ausencia lo rige y administra con justicia verdaderamente divina, es el protagonista de esta extraña obra, muy superior en idealismo a *El Príncipe perfecto*, creacion celebrada del monstruo de la naturaleza y fenix de los ingenios. ¡Si cuando España había ya llevado el yugo de un Carlos y tres Felipes y soportaba el del cuarto de este nombre, existía un hidalgo que soñaba con el imperio de un ángel, a qué no debemos aspirar los hombres de ahora, que sabemos lo que es libertad, que tenemos conciencia de nuestros derechos y que solo vemos en el rey el primer magistrado de la Nacion?

Nada menos que eso. Los que soñamos con un buen rey para España, los que tenemos en poco el nombre que lleve el que haya de ceñirse la corona, no es un príncipe celestial como el imaginado por don Rodrigo de Herrera y Rivera el que pedimos a Dios y a las Cortes. Antes bien, queremos un buen hombre, un hombre como los demás, que conozca la vida práctica, que comprenda la

(1) De D. Junipero, periódico de la Habana, tomamos este precioso artículo del distinguido autor dramático D. Luis de Egulaz.

Nosotros, si hubiéramos tenido la fortuna de escribir tan notable artículo, hubiéramos puesto en primer lugar la casa de Orleans.—El duque de Montpensier es verdaderamente el tipo de rey tal como lo pinta el señor Egulaz, que es como lo desea España.

manera de ser del pueblo, que sepa, si es posible, todo lo largo que son un día sin pan y una noche sin techo; un rey, en fin, educado en los principios de la clase media.

—«Pan! Pan!» gritaba un pueblo hambriento debajo de los balcones del cardenal Borbon a principios de este siglo.

—«¿Qué quiere esa gente?» preguntó el príncipe con capelo a uno de sus cortesanos.

—«Quiere pan,» contestó el interpelado.

—«Que lo compre,» dijo tranquilamente el nieto de cien reyes.

—«Está muy caro y no puede comprarlo.»

—«Pues que coma bizcochos como yo,» exclamó el borbón, que sin embargo no era hombre de malos instintos.

Así se educan generalmente a los que han de regir los destinos de los pueblos; tan ajenos a las necesidades, tan lejanos de su manera de ser, que creen de buena fé, como el hijo de Carlos III, que el que no tiene para pan puede comprar bizcochos. ¿Qué armonía ha de haber, qué lazo ha de existir entre el príncipe y los vasallos que ven de modo tan diametralmente opuesto las cosas? Por eso, en mi juicio, el mejor rey será aquel que sea más hombre, el que más identificado esté con las ideas y las necesidades del pueblo a cuyo frente se haya de poner, el que reúna más condiciones de popularidad de democracia práctica, de instinto verdaderamente liberal.

El pueblo glorifica en Francia la memoria de Enrique IV, cuyo bello ideal político se cifraba en que todo francés pudiera poner el domingo una gallina en el puchero; en Rusia la de Pedro el Grande, que trabajó como artesano y como artesano ruso sentía; en Austria y Prusia, José y Federico, que disfrazados se mezclaban en los goces y pesares de las clases más ínfimas; en España, por último, la de Pedro el Cruel, que a pesar de la sangre en que se bañó, no conocía distincion de clases cuando de administrar justicia se trataba.

¿Qué enseñanza se desprende de la admiracion que a través de los siglos vienen estas clases populares tributando a estas figuras históricas? Lejos están algunas de ellas de ser modelo de monarcas; pero el pueblo que no piensa, pero que sabe sentir, vé en ellas algo que se acerca a él, algo que le comprende y con su sentimiento se identifica; vé, por último, aunque no se dá cuenta de ello, que los pueblos no se han hecho para los reyes, sino antes bien, los reyes se han hecho para los pueblos.

Un hombre como los demás, que trate a las gentes como las personas bien educadas las tratan, que léjos de pensar que disfrutan de un privilegio sobre el resto de la humanidad, comprenda que ha contraído mayores obligaciones que nadie, y que es preciso que las cumpla, que estudie los deseos y las necesidades de su reino y de cada una de sus provincias, para procurarles su legitima satisfaccion, un buen empleado, en fin, atento solo al cumplimiento de sus deberes y al desempeño de su cargo, ese es el rey como debe ser, ese es el rey que queremos, ese es el rey que vendrá.

Pero ¿cómo han de haber conocido los reyes de España las necesidades de los cubanos, por ejemplo, si ni uno solo de ellos ha pisado el fértil y hermoso suelo de la reina de las Antillas? No hay propietario alguno, si no es disipado y loco, que no recorra de vez en cuando sus haciendas. ¿Cuánta mayor obligacion le corre al monarca de visitar sus Estados, de estudiar por sí mismo lo que desean, lo que necesitan, lo que acaso es imprescindible a aquellos a quienes gobierna? Y aun cuando nuestros reyes hayan recorrido alguna parte del territorio español, ¿cómo le han podido estudiar, si una etiqueta estúpida, un ceremonial incomprensible, les alejaba de aquellos con quienes debían estar en contacto? Reyes que cuando viajan encuentran a los pueblos vestidos de fiesta; reyes que llevan su soberbia hasta el punto de hacer que sus pueblos les tributan los mismos honores que ellos han concedido a Dios, ¿cómo han de conocer a sus pueblos ó cómo han de ser queridos? Los unos los desprecian al verlos en carnaval perpetuo, los ilustrados; y los ignorantes, bajan las cabezas, y se arrodillan temblorosos, abrumados bajo el esplendor teatral de que van rodeados. El que más, lo teme; pero nadie puede quererle.

Paseando camino de Segovia, el rey D. Carlos III, que como todos nuestros monarcas, suprimía una parte de la etiqueta durante las jornadas, acercósele, no léjos de San Ildefonso, un labrador con sombrero de anchas alas en la mano y larga capa de castellano paño sobre los hombros.

—«Tomad, leed y haced justicia,» díjole sin más tratamientos ni ceremonias alargándole un papel.

Lo que en él exigía con altivez española, de los buenos tiempos de nuestras democráticas monarquías, hacia veinte años que en balde lo solicitaba con justicia y podía ser resuelto como lo fué, con una sola palabra del rey, á quien la etiqueta cortesana no le habia permitido acercarse en tan dilatado periodo con grave perjuicio de sus intereses.

Dos cosas se desprenden de este hecho: lo separado que los reyes andan de sus pueblos por cumplir con pueriles ceremonias, y la conciencia que el pueblo español tiene, y que resplandece en las palabras del labriego segoviano, de que la monarquía española es paccionada, y que si el pacto obliga al vasallo á hacer algo por el rey, mayor deber impone á este, en cuyo favor establece mayores ventajas de hacer mucho por el vasallo.

Un rey que comprenda que es solo el primer magistrado de la Nación y que solo como tal goza mayores preeminencias y haber mucho mayor que todos; un rey que vea claro que es de carne y hueso como todos y que si tiene derechos tiene también deberes; un rey que dé el ejemplo de las virtudes públicas y privadas.

Porque el que no tiene honor

No es buen señor para honrado,

y viva en medio de su pueblo y sienta como él, ese es el monarca que España necesita, el que España quiere, ese es el rey que vendrá.

Es tan fácil hacerse adorar aquí con una palabra, con una mirada, con un gesto solo; hay tal cantidad de candidez infantil y tanta buena fe en este pueblo siempre niño, que no se concibe como en España haya podido haber reyes impopulares. Yo he visto al pueblo de Barcelona recibir con una frialdad aterradora á Isabel de Borbon y al día siguiente, porque se presentó en el balcón con su hijo en brazos, victorearla y aclamarla frenéticamente. Téngase presente que el pueblo de Barcelona es uno de los más ilustrados de la Península y encontraba extraordinario y de ser aplaudido en una reina, lo que es natural y comun en todas las madres! Cuesta infinitamente más trabajo á un rey de España hacerse aborrecer, que hacerse amar hasta el delirio.

¿Tanto necesita un monarca rebajar la autoridad real para departir un rato con el artesano acerca de su oficio, para pasear con el labrador por el campo haciéndose cargo de sus sufrimientos y de sus esperanzas, para sentar á su mesa al médico ó al ingeniero, para conversar con el poeta, con el artista, con el comerciante, con el marino ó con el soldado?

Eso es, no obstante, lo que hace todo el mundo sin tener obligación de hacerlo. Pues un monarca que vive entre todas estas clases, que sepa sus aspiraciones y se identifique con ellas, es el solo que puede llenar cumplidamente esa misión en el siglo decimo nono; pues un monarca que haga lo que hace la generalidad de los hombres, no debe ser tan difícil de hallar, y si es, como debe ser, muy poco debe importarnos que haya visto la luz en este ó en otro suelo y que lleve tal ó cual apellido.

Un ejemplo práctico, para concluir, bien digno por cierto de figurar en la historia contemporánea. Un amigo mío y paisano por mas señas, músico de bastante mérito, habiendo recibido los principios de su educacion artistica en un pueblo de la provincia de Cádiz, determinó completarla en Bruselas, bajo la direccion del sábio Fétis, que á la sazón dirigia su célebre Conservatorio de música. Comenzaba á anochecer cuando entró en la capital de Bélgica. Enterado en la casa en que de antemano se habia procurado alojamiento, del café á que solian concurrir los españoles, dirigióse á él sin mas espacio que el necesario para cambiar de traje, ganoso de averiguar las formalidades que llenar le seria preciso para conseguir la honra de contarse entre los alumnos de la primera celebridad científica musical de nuestros tiempos. Era temprano aun y solo halló en el café tres ó cuatro jóvenes compatriotas, artistas como él y que como él acababan de llegar á Bruselas atraídos por idéntico deseo. ¡Figúrese el lector cual seria el desconsuelo de mi amigo al saber que una disposicion del gobierno, de que ya se tenia conocimiento en la escuela de música, aun cuando no habia aparecido aun en el periódico oficial, ponía tales trabas al ingreso en aquel establecimiento de los extranjeros, que su admision en él, como la de los compatriotas que le rodeaban, era punto por menos que imposible.

En tanto que nuestros paisanos se deshacian en denuestos contra la administracion belga, un señor de aspecto venerable, ya entrado en años y decentemente vestido, vino á sentarse en la mesa inmediata á la que ellos rodeaban.

—Señores, dijo acercándose á ellos en un momento en que la conversacion era menos animada; aunque no artista como ustedes parecen ser, soy tan aficionado á la música, que casi puedo contarle en el número de los que la profesan. Vds. son españoles y yo nó; pero las artes no tienen patria, y los que las amamos somos todos compatriotas. Si me permiten sorber mi taza de café en su mesa y tomar parte en sus artisticas conversaciones, darán un buen rato á un pobre viejo que á menudo los lleva bien amargos.

Asintieron nuestros paisanos al deseo del señor anónimo, con la cortesía propia de españoles, y el incógnito terció en el debate, enterándose al por menor de sus quejas y haciendo no pocas objeciones á lo que aseveraban, en el corto espacio de media hora que aun tardó en acudir al café su ordinaria parroquia, empezando á suceder lo cual, el desconocido se despidió de los artistas, calzándose el sombrero hasta las cejas y cubriéndose el rostro con una descomunal bufanda.

Tres noches, despues, á la misma hora, nuestros compatriotas, ya alumnos del Conservatorio merced á recientes disposiciones gubernativas, conversaban alegremente al rededor de la misma mesa, cuando el señor de aspecto venerable y ya entrado en años, con quien hemos trabado conocimiento, se acercó á ellos con la pretension de pasar un rato en su compañía.

—Ya habrán Vds. visto en el diario oficial de hoy que nuestra conversacion de la otra noche no fué perdida y que el Gobierno ha atendido como debia sus justas quejas, dijo mientras llamaba á un camarero para que le sirviese café.

Hizo el camarero un movimiento de sorpresa al verlo; pero contósele á un signo del desconocido, sin que ni una, ni otra cosa fuesen notadas por los jóvenes músicos.

—¿Ha sido V., pues, prorumpió uno de ellos con tono burlon, el que ha hecho variar de miras al Gobierno?

—Yo, caballero; contestó modestamente el desconocido, mientras removía el café con la cucharilla de disolver el azúcar.

—¿Pues quien es V? preguntó mi amigo.

—Leopoldo, rey de los belgas, para servir á V., contestóle inclinándose graciosamente y sin dejar de remover el hirviente líquido.

Un Leopoldo, un soberano que por si mismo procure apreciar lo que en su reino es mas conveniente, un monarca que no cres degradarse al entrar en el café y reunirse con los artistas, ese es el rey que la España desea, ese, español ó extranjero, Branganza ó Coburgo, Saboya ú Orleans, ese es el rey como debe ser, ese es el rey que vendrá.

LUIS DE EGUILAZ.

EL SIGLO DE LAS LUCES.

No es posible dudarle: estamos en el siglo de las Luces; la fabulosa baratura de los fósforos, la generalizacion del gas para el alumbrado, y hasta los numerosos repetidos ensayos de luz eléctrica que en todas partes se hacen, lo demuestran hasta la saciedad.

Es cierto que el gas en Madrid no se puede asegurar que alumbrá.

Por el contrario, los faroles algunas noches arden de tal modo, que parece que no tienen mas objeto que alterar la monotonía de la oscuridad, dándola un matiz diferente, pero no disipándola.

Muchos de ellos parece que quieren decir al transeunte: «el ayuntamiento tiene intencion de que aquí haya una luz.»

La luz eléctrica forma un cono luminoso, dentro del cual no es posible marchar con direccion al foco sin cegar momentáneamente, y fuera del cono, el espacio queda en la misma oscuridad que si la luz no existiera.

Los fósforos son lo único que no falta nunca, y con tal de que la cabeza sea buena, que haya una superficie áspera en que frotarla, que no haya viento, ni ande uno muy de prisa, ni tenga que abrir ó cerrar una puerta con alguna violencia, que no tenga uno que respirar, ni toser, puede contar con una luz que dura cuatro minutos, y al quinto quema los dedos del que la tiene.

Pero esto no quita que estemos en el siglo de las Luces; todo lo mas probará que las Luces de nuestro siglo son malas, y la frase de cajón no dice que sean buenas.

Lo cual nos conduce á una consideracion que no tiene nada que ver con el asunto de este artículo, pero que se nos ha ocurrido muchas veces y no deja de ser exacta.

Nosotros, aunque pocas, hemos visto algunas corridas de toros, y siempre que un torero hace mal las suertes que le corresponden, el público pide que se le castigue, y la autoridad suele acceder á los deseos del público, imponiendo al torero una multa ú otra pena discrecional.

Este percañoneo ocurre con mucha frecuencia á los picadores, y á nosotros nos parece una gran injusticia.

El cartel que anuncia la funcion dice que picará Fulano, pero no dice que *picará bien*, á lo cual tal vez no se comprometería el pobre hombre.

De manera que con salir á la plaza y recibir los toros con la punta de su garrocha, el torero cumple su compromiso, lo mismo si pincha á las reses en el morrillo que si las pincha en la cola.

El público premiará con sus aplausos la habilidad ó el valor del lidiador, pero la autoridad no debe en ningun caso castigar su torpeza ó su cobardía.

Pero volvamos á las Luces.

No son solo las Luces físicas las que el siglo en que vivimos pretende poseer mas que todos los que le han precedido; tambien dice que las Luces intelectuales están en él mucho mas desarrolladas.

Esta cuestion no es tan fácil de resolver como á primera vista parece.

El dibujo y el grabado están muy adelantados en su parte material y positiva, porque lo que es en la artística hay mucho que hablar.

Pero en fin, la reproduccion de los objetos por medio de la fotografia, la foto-lito-cinco grafía y otros varios sistemas constituye evidentemente un progreso.

Bajo este punto de vista, parece que efectivamente estamos en el siglo de las Luces.

Pero esos mismos adelantos sirven para poblar los presidios de falsificadores, y ponen, por consiguiente, en peligro las fortunas de todos, por la facilidad con que se prestan á la reproduccion de firmas y documentos.

De modo, que si esos inventos han sido un progreso, la aplicacion que de ellos se hace es en muchos casos un retroceso.

Y considerando la cuestion por este lado, ya el siglo parece mucho menos luminoso.

Grandes progresos ha hecho la mecánica, y si todos sus inventos se redujeran á hacer máquinas para tejer, labrar la tierra y hacer más fáciles y menos penosas las tareas de los industriales, eso sí que daría á nuestro siglo derecho para llamarse el de las Luces.

Pero cuando lee uno los periódicos y por cada máquina útil

de que en ellos se dá cuenta, tropieza con la agradable noticia de que se han inventado diez nuevos fusiles ó cañones, capaces, cada uno de ellos, de matar cien hombres por minuto y todos á propósito para que los maneje un niño recién nacido, le dan á uno ganas de maldecir del progreso, y decir que vivimos en el siglo de las tinieblas.

Y esto nos hace pensar en la guerra.

Antiguamente los hombres se rompian el bautismo como si tal cosa, y ahora se rompen el alma con la mayor frescura.

En esto no hemos progresado.

Es decir, hemos progresado en la fabricacion de armas, lo cual nos dá medios de matarnos con más comodidad, en mayor número y en menos tiempo.

Tambien en una cosa hemos progresado.

Antes la gente solo se mataba en los campos.

Ahora, desde que se han inventado las revoluciones, se dá en las calles cada batalla que canta el credo.

De modo, que el ciudadano más pacífico no está seguro de no morir como un héroe, atravesado por una bala ó aplastado por una bomba, que de esos casos se ven muchos en este siglo del progreso y de las Luces.

Y francamente, en todo esto no vé nadie que tenga sentido comun más Luces que las de los incendios que ocasiona la artillería en las poblaciones que combate.

En una palabra.

Hay efectivamente progresos.

Esto hace creer que estamos en el siglo de las Luces.

Pero como el progreso es igual en todo, y progresar en el mal es lo mismo que retroceder, resulta que los que niegan la iluminacion á nuestro siglo tampoco van descaminados.

Despues de todo, los lectores de EL CASCABEL resolverán la cuestion si lo tienen por conveniente.

LOS ECLIPSES.

(De Pierre Veron.)

La Fontaine cuenta la historia de un astrónomo, que elevando constantemente la vista al cielo acaba por caerse y estamparse los sesos en el fondo de un pozo.

Todos somos, poco mas ó menos, astrónomos por el estilo de aquel infeliz.

Si mi almanaque anuncia que tal día vá á haber un eclipse visible, nos falta tiempo á todos para ponernos á mirar al cielo con la ayuda del cristal ahumado, de los gemelos ó del telescopio, haciendo á la bóveda celeste preguntas cuyas respuestas de ninguna manera entendemos.

Los rateros, á quienes interesan mas los eclipses de abajo que los de arriba, suelen aprovechar los días de eclipse en sacar pañuelos y relojes y dinero de los bolsillos de los papanatas que miran al cielo.

Por lo demás, yo no creo que un eclipse deba considerarse cosa tan extraordinaria, porque yo no he visto nada mas comun y frecuente.

Sin necesidad de cristales ahumados ni de aumento, en el mundo no se ven mas que eclipses.

Dejemos, pues, á los sábios que vayan á ver los eclipses de reglamento, como si dijéramos, y contentémonos con ver mas cómodamente los eclipses terrestres que incesantemente se producen entre nosotros.

Son numerosísimos, curiosísimos y al alcance de todo el mundo.

Sin duda por esta circunstancia, nadie repara en ellos.

Y sin embargo, ¡qué enseñanza encierran para el hombre y para la mujer!

EL ECLIPSE DEL AMOR.

¡El amor! un astro caprichoso que se levanta cuando los demás se acuestan, y tambien se acuesta cuando los otros se levantan.

¡Qué bello y qué puro es! ¡cómo brilla! ¡Es el sol de los soles! Alumbrá y deslumbrá, conforta y abrasa, fecundiza y seca!

No importa. Todo el mundo quiere recibir un rayo de ese sol. ¡Laura ama á Alfredo. Alfredo ama á Laura!—¡Laura querida! ¡Querido Alfredo!... Esplendor completo.

De pronto se oscurece el cielo azul; el eclipse empieza.

¡Por qué empieza? Por muy poca cosa.... Por un pantalon ajustado de color de avellana que no le ha gustado á Laura; por un saludo que Laura ha hecho á un teniente de artillería; por una polka que Alfredo ha bailado con una vieja muy verde... por una cana imprudente, por cualquier cosa, en fin.

Esta cualquier cosa, este *nada* que acaba con el amor, es la costumbre que gasta todas las cosas.

El eclipse del amor es siempre total. El amor no hace nada á medias.

Nota.—El sol del amor no se extingue jamás: lo que hace es redefejar en otros ojos.

Conozco yo algunos que han pasado ya por veinte eclipses de estos.

Otra nota.—En el amor, el eclipse es lo mismo masculino que femenino, cuando no es de los dos géneros á la vez.

EL ECLIPSE DE LA AMISTAD.

El sol de la amistad es un sol muy particular, se podría decir que de nueva invencion.

Nuestra época, hallando ya muy viejo el de los antiguos tiempos, se ha mandado hacer uno en la Fábrica de la Moneda.

Damon y Pythias se sorprenderian mucho si volvieran á la vida, aunque para volver á la vida seria preciso que hubiesen existido alguna vez.

El sol de la amistad es de oro.

Mientras luce ese sol en el hogar de V. todo va bien; pero si se interpone una nube, ya está V. fresco.

El día antes era V. bueno, generoso, el mejor amigo, el hombre mas franco y noble: el día siguiente es V. el tonto, el imprudente, el derrochador, el torpe y el esquivo.

En realidad lo que es V. es un hombre que ha perdido el dinero.

Esto basta para el eclipse de la amistad. En su casa de V. no entra ya el sol. Ya no vendrán los pájaros á hacer en ella el nido.

EL ECLIPSE CONYUGAL.

Hubo un tiempo en que este párrafo hubiera debido colocarse en el que he consagrado al eclipse del amor.

Pero los modernos lo hemos dispuesto de otra manera, como dice el Médico á palos.

El matrimonio y el amor se reúnen ya raras veces,—sin duda porque no se encuentran nunca.

El eclipse conyugal es uno é indivisible. Es un eclipse de luna llamada por antifrasis *luna de miel*.

Por una parte, la novia tenia muchas ganas de salir de la tutela paternal y llegar á ser dueña de casa; por otra, el novio está cansado de la vida de café y fonda, y los reumatismos le han avisado que ya es hora de tomar una enfermera que le cuide.

Total; se han casado.

Durante tres meses, la luna ha alumbrado al matrimonio con una luz un poquito fria é intermitente,—luz de lamparilla colocada en una mesa de noche.

Al cabo de ese tiempo ha empezado el eclipse.

Vienen las amigas de la mujer, y los amigos del marido, luego vienen los amigos de la mujer, y el marido vá á buscar tambien amigos.

No tarda el eclipse total.

La luna no vuelve á salir.

EL ECLIPSE DEL VALOR.

¡Sangre, infierno y maldición! ¡Conocen Vds. á Lopez, el feroz, el maton, el batallador, el astro del valor!

Cuando vá por la calle, sus ojos lanzan rayos sobre los humildes mortales que se atreven á gravitar sobre las mismas aceras que el valiente.

Los tímidos, al verle venir, bajan los ojos, porque solamente un águila podría mirar frente á frente á tan terrible personaje.

Sin embargo, un día, un sujeto, que no tiene nada de águila, se atreve á medir la órbita del astro. Los amigos de este, es decir, sus satélites, asombrados de tanta audacia tiemblan por el temerario mortal que desafía la cólera del coloso.

Se decide que haya duelo.

Eclipse instantáneo.

La hoja de un sable ó el cañon de una pistola bastan para producir el eclipse, para oscurecer el astro del valor.

La luz tiembla, vacila y desaparece.

Moralaja —El verdadero valor se oculta para mostrarse; el falso valor, la fanfarronería, se muestra para ocultarse.

EL ECLIPSE DE LA BELLEZA.

Eclipse visible por la mañana. Con el alba, las estrellas del cielo se extinguen; con el alba, palidecen las estrellas de la tierra.

Son las seis de la madrugada y se está acabando el baile. Algunos imprudentes están bañando un cotillon extraordinario de despedida; pero de pronto una mano pérfida abre una ventana. ¡Es de día! ¡de día!

Y los polvos de arroz descubren el secreto; el carmin, el azul, el negro pierden los beneficios del incógnito.

¡Cuántas novelas empezarian por el fin si los eclipses de este género fueran mas frecuentes!

EL ECLIPSE DE LA RAZON.

Entrad en cualquier parte donde haya hombres políticos dominados por la pasión de partido: entrad en una casa de locos; en ambas, el eclipse es visible.

ÚLTIMO ECLIPSE.

¡Este si que es eclipse!

Todo lo arregla, todo lo compone y lo concilia y lo embellece.

Muérase V. y es V. un hombre perfecto. Buen padre, buen ciudadano, buen esposo; así constará en la lápida funeraria. Sus amigos de V. le encomian y le ensalzan, en lugar de quitarle el pellejo, como hacian antes. Su mujer de V. le llora, en lugar de quemarle la sangre con sus caprichos; los que le tenían á V. envidia se deshacen en elojos de V., y sus herederos, por fin, le deifican.

—Era el mejor de los hombres.

—No debía haberse muerto nunca.

—¿Cómo podremos vivir sin él?

—Ya no hay consuelo para mí.

—Era un ángel.

—Un alma de Dios.

—¡No hay otro hombre como él en el mundo!

Este eclipse puede consolar á V. querido lector, de los demás que tenga que sufrir en el mundo.

Pero le deseo á V. este consuelo postrero para dentro de cien años.

DE LA EDUCACION DE LA MUJER

Y DE LA MÚSICA, COMO ELEMENTO DE DICHA EDUCACION.

INSTRUCCIONES FAMILIARES.

I.

Uno de los medios mas poderosos y explotables para la educación de la mujer es la música. Precioso medio, recurso inestimable, que al tiempo que corrige y normaliza los instintos y sentimientos débiles ó sobreexcitados, los temple para el bien y deja sobre el corazón una dulce satisfacción indefinible, llena de encanto y de felicidad; arte dulcísimo bajo cuyo amparo la vida se desliza con dulces emociones, sin que la baba corrosiva de la pasión llegue á fermentar en el pecho y á asfixiar en mofético ambiente la inmaculada pureza de las afecciones; tierna y encanta-

dora influencia la que ejerce sobre nuestro cerebro, escitándolo y embelleciendo las más áridas y estériles satisfacciones de la vida.

La música ¡ay! cuánto bien derrama sobre un corazón desventurado. ¡Cuánto alienta los espíritus apocados y tísicos de tanto batallar contra las pasiones! ¡qué fresco rocío deja caer sobre la enardecida frente de la mujer que lucha en contra de la sociedad y hasta de la tiranía de sus naturales sentimientos! Poder mágico que despierta la fé y deja á la esperanza tender sus alas poetizando el presente con un porvenir risueño y delicioso; sublime esencia que hace bellos y halagadores el sacrificio y la abnegación, base del verdadero amor, vida de la mujer.

Hé aqui por qué la civilización moderna ha puesto como capítulo indispensable para la emancipación de la mujer el cultivo de la música. Inglaterra y Francia, esas dos naciones que hoy día son la vanguardia en el camino del progreso, así lo han establecido.

Conservar la influencia del bello sexo; de ahí el medio mas directo de su educación. Pero la influencia de la mujer en sociedad ha de ejercerse por el amor, y la verdad, en el amor está en que pueda inspirar abnegación y sacrificio; ahora bien; ¡qué talento mejor que el de la música para despertar estos sentimientos?

¡Ay! En esta época en que por do quiera se descubre un mar inmenso de lágrimas y de dolor; en estos tiempos en que el luto y el desconsuelo es el patrimonio de muchos desgraciados corazones; en estos días en que solo vemos en el horizonte nubes densas y negras, preludio de una borrasca próxima y desastrosa, ahora es cuando mas evidencia lo que vale la mujer y lo que conviene levantarla del fango de ignorancia en que se halla.

¡Mentira parece una aberración tan sostenida por tantos siglos! No instruir á la que se tiene por compañera es un sarcasmo ó una insensatez de quien se cree de ese modo inmensamente superior; y ese sarcasmo cae por desgracia como un negro borron sobre la historia de muchas generaciones.

El hombre, al capricho de sus instintos, es una frágil urca cruzando el enfurecido piélago; las olas bien pronto hundirán en el caos al débil barquichuelo, como la pasión subyugará la conciencia del pobre mortal, sujeto al oleaje de sus sentimientos sin freno ni educación ninguna.

La mujer, empero, con su influencia es la fuerza coercitiva del sentimentalismo del hombre; y es una verdad, verdad irrefragable que muchos negarán por egoísmo, y otros acogerán con una sonrisa burlona que puede ser tambien estúpida y sándia.

Un autor contemporáneo daba tal importancia á la influencia del bello sexo, que la consideraba como benéfica y casi necesaria en la gobernación de los Estados. Y en efecto, ¡qué no puede el verdadero amor cuando procura detener la explosión volcánica de las pasiones? ¡Que hombre resiste al consejo de una mujer que le ama, consejo de valor y desinteresado, pues que lo dá quien no ha estudiado mas que el corazón y quien solo es feliz en la modestia y en el sacrificio.

No se tomen, no, como exajeraciones, tales asertos. Quizá el mirar con desdeñosa indiferencia lo que tanto puede explotarse, ha dejado estériles de paz y de orden á muchas familias, que han dado en cambio á la sociedad hombres vanidosos y célebres por su ambición, por su perversidad, por su procaz y desvergonzado cinismo.

El menospreciar las cosas por sistema es propio de célebres de escaso criterio; y sin juzgar, desechas, es ridiculo y hasta soez en alto grado.

Demos á esa compañera de nuestra vida toda la influencia que de derecho le corresponde; que influya con su amor, que es inagotable tesoro de su alma; con amor en política; con amor en sociedad, con amor en la familia; con amor hasta en su regazo cuando en él descansa el tierno vástago, tesoro idolatrado de su cariño... Mas este amor ha de ser verdadero, es decir, inspirarse en la abnegación y el sacrificio; y á este fin, ¡qué medio mas conducente que la música, escitante de casi todos los sentimientos que encierran los arcanos del corazón?

Después de todas las precedentes consideraciones, volvamos á nuestro tema... Con ellas hemos probado la importancia de la música como elemento de educación. Endulza las pasiones, fortifica la fé, alienta la esperanza, provoca la abnegación; y un amor que nace en tal lecho de flores, forzosamente ha de ser propio para conservar la influencia bienhechora de la mujer en sociedad.

Y aquello no es efecto de un poder misterioso parecido al que los nigrománticos con sus cábulas y supercherias anuncian como maravilla y milagro, sino una simple sucesión de actos fisiológicos, que detallaremos mas tarde, y que nada tienen de incompatible con las leyes orgánicas de nuestra individualidad.

II.

La música es un conjunto de sonidos, graves y agudos, que concuerdan perfectamente.

Todo sonido es resultado de las oscilaciones que se imprimen por medio del rozamiento ó el choque en las moléculas de los cuerpos elásticos. De la mayor ó menor amplitud de estas oscilaciones depende la *intensidad*; intensidad que se significa en el arte con las palabras técnicas *pianissimo, piano, forte, fortissimo*, etcétera.

La *elevación* del sonido es efecto del número de vibraciones que dá un cuerpo en un tiempo determinado; dos sonidos de igual número de vibraciones son *unísonos*.

La órbita en que puede desarrollarse la agudeza de los sonidos tiene por límites 32 vibraciones por 1" para el mas grave, y 70,000 para el mas agudo; esta escala se representa con siete signos ó notas, mediando de octava á octava el doble de vibraciones; así si el *do* de una escala se produce por 50, el *do* de la escala superior inmediata tendrá 100; es decir, relacion de 1 á 2.

Producidos dos sonidos, y relacionados mas ó menos armónicamente, segun las facultades y recursos del compositor, son transmitidos por el intermedio del aire al oído donde es impresionado el nervio acústico que trasmite la sensación al oído; esta es la percepción, que no dá noción mas que de la intensidad y agudeza de las notas.

Ya provocada la percepción, excita el instinto de los tonos, colocado, segun Gall y los frenologistas contemporáneos, en la

parte del cerebro correspondiente á la porción inferior y externa de la región de la frente; instinto que motivando las facultades reflexivas (comparación, casualidad), permite juzgar de la armonía, cadencia y correlación de las notas que se escuchan.

No es, pues, el oído quien dá mayor ó menor predisposición y aptitud para la música, sino el desarrollo del cerebro, en el punto donde se localiza el instinto de la relación de los tonos. Tan cierto es esto, que hay individuos de oído muy fino y delicado, y sin embargo son nulidades ó medianías para la música, y vice-versa.

Como ejemplos de talento musical muy desarrollado pueden citarse Rossini, Mozart, Bellini, Händel y tantos otros genios á quienes sus composiciones, todas grandiosas y sublimes, les han valido la corona de gloria y de una envidiable inmortalidad.

El instinto, ó mejor quizá, el sentimiento ó talento de la música, puede, como los demás sentimientos, exajerarse ó debilitarse, produciendo verdaderos estados pasionales.

Choron, el célebre maestro, notable por su mérito sobresaliente como compositor y músico, fué uno de los desgraciados víctimas de la originalidad é idiosincrasia de su carácter; en él mejor que en nadie puede encontrarse un perfecto tipo de monomanía musical; monomanía que absorbía todas sus facultades y le hacia vivir en una continua agitación y en una pesadilla no interrumpida de cantos y conciertos, de armonías, de composiciones y de partituras.

¿Qué acción puede determinar el instinto de la música sobre los demás que constituyen la moral de cada individuo?

Por de pronto adviértase el vínculo y correspondencia recíproca que existe entre la manifestación de todos los sentimientos humanos.

El instinto de la afición despierta el genérico y el amor propio, la veneración; el amor filial, la abnegación, la vanidad, el valor; del mismo modo, pues, la música excita y despierta la fé, regula el amor propio, alienta la esperanza y depura y refuerza la reflexión viciada ó débil.

Tiene, además, otro poder comun á los demás sentimientos. Al obrar distrae los restantes concentrando en si toda la atención; y no es porque la atención sea un afecto, pues cada instinto tiene su atención particular, sino porque entonces la atención del instinto de los tonos es la mas fuertemente preocupada. Por eso la música calma el dolor, ahuyenta el miedo y la zozobra, evita el cansancio y modera la desplacencia y la hipocondría.

La música, segun su género y estilo, puede provocar, á mi modo de ver, dos efectos completamente antitéticos. La música alegre, dilata, ensancha, vivifica; la música triste concentra, abstrae, absorbe, extasia. Y de aqui dos preceptos generales; la música marcial puede ser propia para los espíritus apocados, melancólicos y pobres; la música sublime para los corazones lijeros, frívolos y superficiales.

Pero el poder de la música es magnífico con el amor: hecho innegable á poco que se observe y que le dá la importancia que tiene en la educación de la mujer.

¡Ah! ¡La jóven que al abrir la flor de su alma en la juventud sabe gozar de la influencia del sentimiento de la armonía, no puede ser desventurada! ¡Qué hermoso es entonces el horizonte de la juventud engalanado de tanta ilusión pura y de tan angelicales sueños!

La música, hablando á la imaginación, poetiza entonces todos los apetitos, dándoles un encanto inefable; concitando el instinto de la esperanza, de la fé, del amor propio y de la abnegación conduce en un lecho de blancas é inmaculadas emociones al placer del ideal que empieza á erigirse dentro del pecho.

En esa época de la existencia en que la niña cambia de carácter y de inclinaciones para transformarse en lo que ha de ser después; á los catorce años cuando empieza su verdadera vida moral, en que llora, suspira, gime, se torna melancólica y desmayada; cuando experimenta por vez primera una sensación confusa, vaga, ilimitable, que oprime su alma y llena sus ojos de lágrimas abrasadoras de pesar acerbo y desconocido; ¡cuánto puede entonces la música modulando aquella inspiración de amor, eco delicioso del sentimiento que se aviva! ¡Cuánto puede palearla una música marcial y alegre, que al tiempo que fija la atención de un instinto nuevo, dilata el pecho y lo refrigera en la expansión que produce! Y si la jóven, por causa de un corazón trivial y egoísta ó por vicio de organización, no ha llegado á percibir los encantos del instinto amoroso, ¡qué medio más suave el de una música patética, que concentrando las fuerzas, deje en el silencio del éxtasis apreciar mas claramente los latidos, lánguidos sin duda, del sentimiento de la afición!

¡Pobres mujeres! Eternas serán vuestras lágrimas si no sabéis á tiempo conocer el corazón.

El corazón ¡ah! pensad en vuestro corazón cuando sobre él caen las notas tiernísimas de alguna armonía deliciosa, y decidme después si lo comprendéis; pensad en vuestra dignidad y en el santo amor, que es vuestra existencia, y decidme si no lo veis por encima de todas las ruindades humanas.

Amar con abnegación, sentir con verdad y no ser vanidosas; esos son los puntos cardinales sobre los que ha de trazarse su órbita todo vuestro sentimiento.

Y la música os facilitará este resultado; con ella podéis despertar los instintos que os sean necesarios, evitando los que no quereis sentir. No soy yo quien lo dice, lo dice la historia. Las liras de los Atenienses, el salterio de Sidon, el arpa de David, conmovían, segun el tono en que se ejecutaban, los diversos modos del sentimiento.

Pero, mas que nadie, las madres deben de fijarse en estas consideraciones; ellas que por experiencia pueden saber la realidad de tales afectos. ¡Cuántas veces nos han adormecido en los primeros años con cánticos melodiosos que su amor filial les inspiraba? ¡Cuántas, por el contrario, han ahuyentado el sueño de nuestras pupilas entonando canciones bulliciosas?

A vosotras apelo, pues, benditos custodios de la niñez. Pensad en vuestras hijas haciendo su corazón bueno y sensible; enseñadles á amar como las amais vosotras ahora.

El amor es tambien una plegaria que Dios acoje como muestra

de reconocimiento y veneracion, es además una necesidad bien-hechora del decalismo humano.

El cultivo del instinto de la música es elemento magnifico de que podeis serviros para tan hermoso objeto, ¿lo aprovecharéis? Quisiera que la ingenuidad con que os habla mi corazon bastara á determinaros.

FERNANDO BUTRON.

Pamplona 3 de Noviembre de 1869.

CASCABELES.

Un diputado ha presentado una proposicion de ley de responsabilidad ministerial.

¡Hombre! ¿en qué pais vive V. que cree que eso se pueda aprobar?

Aquí no hay responsabilidades que valga; aquí nadie responde de nada.

El público empieza á dar su merecido á las mamarrachadas francesas que á competencia le sirven dos empresas teatrales. La otra noche silbó justamente en el Circo una de esas bufonadas indignas de un público ilustrado.

Ese es el camino.

Parece que los carlistas tienen intenciones de armarla otra vez.

Así, hijos; entre unos y otros nos van á matar á pesadumbres.

Revolucionarios de Setiembre, os habeis lucido. Nos habeis ido metiendo cada vez en mayor atolladero, y ahora que vosotros mismos quisierais salir y sacarnos de él no sabeis cómo.

Para esto no os necesitábamos seguramente.

El hombre civilizado es aquel que apenas se encuentra con otro tan civilizado como él habla mal de un tercero.

Suplicamos á las almas piadosas que socorran como puedan á doña Peregrina Corpas, pobre madre que tiene una hija enferma y se halla en la mayor miseria. Vive en la calle de las Conchas, 3, guardilla.

A la Iberia le parece muy bien para rey el duque de Génova porque es pobre.

Para nosotros, ser pobre no es deshonra, y en ese sentido no hacemos oposicion al chico, pero nos parece que si tan convenien-

te es un pobre para rey, con haber sacado uno de San Bernardino, estábamos al cabo de la calle.

¿Saben Vds. lo que se quiere hacer crear ahora para hacer simpático al rey extranjero?

Que su candidatura no es del agrado de Napoleon. Connu, connu el objeto de esta noticia: pero nadie se la traga.

A Napoleon lo único que no le gusta y la única condicion que ha impuesto es que no se elija al duque de Montpensier: todos los demás le parecen muy bonitos, y el duque de Génova el mejor de todos, porque sabe que así podrá cumplir sus compromisos y aficiones en favor del príncipe Alfonso.

Dice un periódico que en no se qué pueblo no se ha dado sepultura á un cadáver, despues de dia y medio de su fallecimiento. Hasta ahora no sabemos que los cadáveres fallecian.

Dicese que los federales, están muy envalentonados y provocativos en los mismos pueblos que han sido teatro de sus fa-zañas.

No lo extraño; con este gobierno, vamos al decir, ¿quién no se atreve?

Se atreverán los carlistas otra vez, y los federales y los alfon-sistas, y los demonios.

Y vamos matándonos para entretenernos honestamente. ¡Bonita situacion! ¡bonitos partidos! ¡y todo muy bonito! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chin!

Acercas de las ocurrencias de Valencia hemos visto un caso digno de mención, en un diario de aquella capital, refiriendo algunos pormenores sobre una pequeña fuerza de ingenieros al mando de un oficial, el que batió valerosamente á los que salian de la poblacion para marchar á la montaña; y aludiendo á un tiroteo reñido que sostuvo, dice:

«Con este motivo, ocurrió un incidente digno de llamar la atencion; el teniente mandó á sus soldados que se cubriesen tras del pretil y de los árboles que corren á lo largo del andén; mas por un sentimiento de pundonor militar, él permaneció á pecho descubierta. Viéndole en peligro un sargento, le gritó: «mi teniente, cúbrase V., que tiran con preferencia á los oficiales;» y como éste no hiciese caso del aviso, salió aquel de su puesto diciéndole: «ya que V. no quiere cubrirse, le cubriré yo con mi cuerpo.» Medió entre los dos una tenaz y delicada porfia que no tuvo término hasta que el teniente, revistiéndose de su autoridad, obligó al sargento á volver á su puesto. El sargento se llama Gregorio Lopez y el teniente D. Luis Pando.»

Este hecho de noble abnegacion, no es el único que en otras

ocasiones ha llegado á nuestros oidos, siendo esta una prueba mas de la subordinacion y cariño que la tropa y clases tienen á sus jefes y oficiales.

Dice un periódico que espera que Topete será ministro de Marina del rey Alberto. (Tomás es su nombre.)

Me parece que es una injuria al señor Topete suponer que habia de ser ministro de un rey chico y extranjero. Yo tengo mas alta idea del señor Topete.

Se quedaron solos los radicales.

Pues señor, ya podemos encomendarnos á Dios.

Los periódicos contrarios á la candidatura del duque de Génova, entre los que nos contamos, han atacado vivamente esa solución inverosímil, pero no hay razon para calificar por eso duramente á dichos periódicos, como lo hacen otros, porque entonces, ¿cómo habria de calificarse á los que hace trece meses están dirigiendo todo género de insultos y hasta amenazas al duque de Montpensier?

¡Lójica, lójica!

La Reforma nos dice lo siguiente, y tiene muchísima razon: «No es cierto, como asegura el diario satírico El CASCABEL, que la ascension y el descenso del Sr. Ardanáz ha servido por lo menos para proporcionarle una cesantía de treinta mil reales.

Nuestro colega, segun nuestros informes, está en un error. El Sr. Ardanáz percibia antes de ser ministro 25.000 rs. de cesantía, y el tiempo que ha estado al frente del departamento de Hacienda le ha habilitado para que esta cesantía ascienda á cuarenta mil reales.

Con que ya vé El CASCABEL que su censura es infundada.»

Sabemos que un aficionado á estadística está recogiendo los datos para formar una lista de los 140 que han votado al duque de Génova, en que aparecen el sueldo que cobran y la contribucion que pagan.

Cuando esté completa la publicaremos en nuestro diario para solaz y recreo de los radicales.

El sueldo bueno; lo que es la contribucion no será mucha.

La mayor parte, ó casi la totalidad de los periódicos progresistas de provincias que están alejados de los círculos políticos de Madrid y de los ministerios, combaten la candidatura del duque de Génova.

Esto prueba la impopularidad de este candidato.

MADRID: 1869.—IMPRESA A CARGO DE DIEGO VALERO, Calle de la Independencia, núm. 2, bajo izquierda.

AGUA DESTILADA.

Se vende á 5 rs. el laboratorio, Caballero de Gracia, 3.



La Parfumerie Victoria, gracias á la superioridad de sus productos y al esmero de su fabricación, es hoy la abastecedora de la aristocracia parisiense, del mundo elegante.

Además de estos dos extractos excepcionales, propiedad esclusiva de la Parfumerie Victoria, sus propietarios, los señores Rigaud & Co., lo son tambien de una de las principales fábricas de Grasse para la elaboracion de primeras materias destinadas á la perfumeria, y esta circunstancia les permite ofrecer al público, en condiciones superiores de fabricación todas las extracciones consagradas por la moda, entre los cuales citaremos:

- Oriacanto. Jockey-Club. Violeta.
Madreselva. Magnolia. Resaca.
Ess. Bouquet. Mariscala. Rondeletia.
Franchipan. Mil-flores. R. Mousseux.
Jazmin. Muselina. Etc., etc.

TOLUTINA RIGAUD.

Admirable agua de tocador que puede considerarse como un verdadero talisman de la belleza y la última palabra del arte del perfumista. Conserva la frescura de la piel, blanquea el cutis y es superior en todos sus efectos á las aguas de Colonia, á los vinagres mas estimados y á la famosa agua de la Florida.

ACEITE Y POMADA MIRANDA.

Notable preparacion compuesta de sustancias tónicas y fortificantes y que no vacilamos en afirmar de tesoro de la cabellera. Embellece y afirma los cabellos, á los cuales comunica un delicioso perfume.

JABON MIRANDA

CON BASE DE JUGO DE LIRIOS Y DE LECHUGAS.

Basta comparar este jabon con los que se fabrican diariamente para reconocer que debe merecer la preferencia. Satina la piel, produce abundante espuma que transforma el agua en un baño lechoso, y su perfume es de los mas delicados.

DENTORINA Y PASTA DENTIFRICA.

La Dentorina es un elixir dentífico de gran suavidad: perfuma y refresca agradablemente la boca, afirma los encias y preserva los dientes de la caries.

POLVO ROSADO.

Preserva la piel de los rigores del aire y del frio, le comunica una dulce frescura y evita la reproduccion de las pecas. Es superior á los polvos de arroz y de almídon. Es perfume es exquisito.

Advertisement for Tónico Estomático and Aperitivo Febrífugo, Vin de Bellini, featuring a central logo and descriptive text.

Advertisement for Píldoras Ferruginas, a medicinal product, with detailed text and a logo.

Advertisement for Jarabe Contra la Tos Ferina, a cough syrup, with text and a logo.

Advertisement for Dentífricos de Dethan, a dental product, with text and a logo.

Advertisement for Jarabe de Cortezas de Naranjas, a citrus-based medicinal product, with text and a logo.

Advertisement for Inyección Brou, a medical injection, with text and a logo.